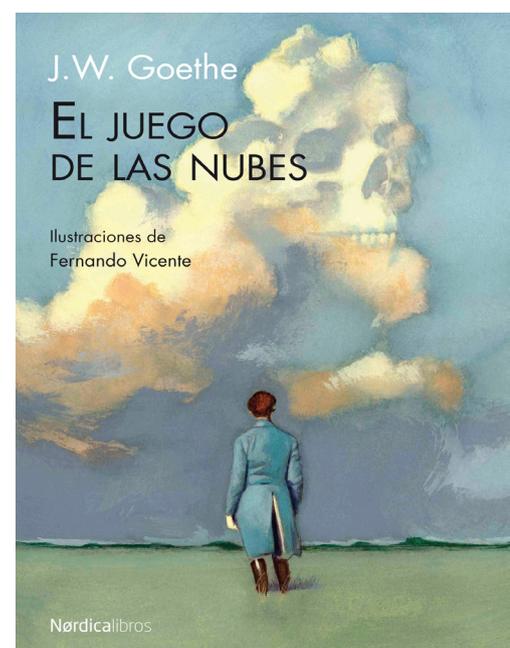


No hay mejor destino -decía Ramón Gómez de la Serna- que el de supervisor de nubes, tumbado en una hamaca mirando al cielo. Lejos, sin embargo, del puro deseo de indolencia, la contemplación de las nubes ofrece, cuando se trata de Goethe, uno de los más ricos repertorios de experiencia que animan la actividad del científico, el poeta, el dibujante e incluso tal vez debiéramos decir, de aquel que trata de aproximarse a la divinidad. En una edición excepcional por su cuidado y atención al detalle -valga como ejemplo la mención al aniversario del nacimiento de Juan Gelman junto a la nota final sobre el tipo de papel y la fecha de impresión-, la no menos singular editorial Nórdica libros ofrece al lector en lengua castellana la oportunidad de acceder a esta multidisciplinar relación de Goethe con *El juego de las nubes*, hasta el momento parcialmente inédita en nuestro país¹.



JOHANN W. GOETHE, *El juego de las nubes*, traducción y epílogo de Isabel Hernández, ilustraciones de Fernando Vicente y J.W. Goethe, Nórdica libros, Madrid, 2011, 128 pp. ISBN 978-84-92683-50-5.

Una de las particularidades más destacables de este volumen es la heterogeneidad de géneros y tonos que recoge. Cuatro bloques de registros sobre el estado de las nubes, correspondientes a cada una de las partes del día, precedidos por un poema dedicado a cuatro tipos diferentes de formación nubosa, salpicado todo ello por las ilustraciones de Fernando Vicente y las del propio Goethe, anteceden la exposición mucho más sistemática del *Ensayo de meteorología*, que cierra el conjunto de escritos del autor germano. Este vergel goethiano no es en absoluto gratuito ni debería ser entendido como atravesado por una mera unidad temática referida al campo de la temperie. Antes bien, se trata de un acercamiento del todo oportuno a un pensador que se distingue por la amplitud y versatilidad de su sensibilidad hacia los fenómenos naturales. En el universo de Goethe, literatura, ciencia, arte y pensamiento hunden sus raíces en un terreno común, el de la vida y sus manifestaciones²; lo que leído a la inversa supone comprometerse con una doble

Revista de Libros
de la Torre del Virrey
Número 1
2013/1
ISSN 2255-2022

multiplicidad: la de las diferentes dimensiones de la naturaleza y la de los distintos tipos de saberes a los que cabe adaptarse en el intento por conocerla.

Con todo, es la del Goethe científico la faceta que goza de mayor representación en esta obra, lo que sin duda es de agradecer vista la mucho menor difusión que ha tenido en la literatura en lengua castellana algo que, sin embargo, fue una de las grandes ocupaciones del pensador germano. Sus incursiones en el terreno de las ciencias naturales discurren, de hecho, entre el amplio repertorio de fenómenos que incumben a la mineralogía, la geología, la botánica, la anatomía, la óptica, la teoría de los colores y, por supuesto, la meteorología. Entre los acicates de esta dedicación, según nos informa en el Epílogo Isabel Hernández -autora asimismo de la excelente traducción de los textos-, Goethe contó con la custodia del duque Carlos Augusto de Weimar quien, en su empeño por convertir el Gran Ducado de Sajonia en meca de la actividad científica de la época, no dudó en apoyarse en

3. J.W. GOETHE, *Poesía y verdad*, citado en: R. SALA, *El misterioso caso alemán. Un intento de comprender Alemania a través de sus letras*, Barcelona, Alba, 2007, pág. 152.

nuestro escritor para el afianzamiento de una red de mediciones meteorológicas. A todo lo cual cabe añadir, en calidad de supuesto nada despreciable, la centralidad que llegó a adquirir en la Alemania decimonónica un elemento como la experiencia. En palabras del propio Goethe:

“los espíritus notables, reflexivos y sensibles habían tenido la brillante idea de que la contemplación directa y original de la naturaleza y una actuación basada en ella no sólo era lo mejor que podía desear un ser humano, sino que ni siquiera sería difícil de lograr. Así pues, la palabra ‘experiencia’ fue la consigna general y todo el mundo tenía los ojos muy abiertos.”³

Los fragmentos recogidos en *El juego de las nubes nos* permiten comprobar cómo, afín al espíritu de los tiempos, Goethe se erige en una suerte de zahorí del mundo atmosférico, ávido de encuentros con sus fenómenos a la par que suficientemente paciente como para no forzar su aparición. De hecho, registros tan exhaustivos como los contenidos en el «diario de nubes» parecen situarnos frente a alguien que, ante la pregunta por el lugar hacia

1. Aunque los textos que componen esta obra no habían sido traducidos al castellano hasta la fecha, las ilustraciones sobre nubes de Goethe fueron ya presentadas, en cambio, en la exposición que el Círculo de Bellas Artes de Madrid organizó en la primavera de 2008, bajo el título «Johann Wolfgang von Goethe. Paisajes».

2. Cfr. F. MARTINI, *Historia de la literatura alemana*, Barcelona [etc.], Labor, 1964, págs. 226-228.



donde debería orientar su mirada el científico, prefiere la contemplación directa de la naturaleza al ejercicio analítico, químico o matemático, o la observación obtenida en el uso de aparatos de medición, a los que no obstante dirige su interés en el *Ensayo de meteorología*. Algo que además está íntimamente emparentado con su vocación de dibujante -a la que, como decimos, también nos brinda un acceso este volumen-, pues la elaboración de ilustraciones no deja de ser un método privilegiado de acendramiento de la mirada, a la vez que esto último resulta *conditio sine qua non* para la praxis del buen dibujante (figurativo o no).

En cierta manera, Goethe renuncia, sin embargo, a continuar dirigiendo su mirada al cielo. Pese a que la atmósfera es en este caso su principal preocupación, el pensador imputa la causa de estos fenómenos a procesos que acontecen en el interior de la Tierra. Consciente de estar abriendo una nueva vía de investigación, Goethe trata de “explicar como telúricos los condicionantes

4. J.W. GOETHE, *El juego de las nubes*, Madrid, Nórdica libros, 2012, pág. 109

principales de la meteorología y atribuir a una fuerza de gravedad terrestre, alterable y latente, las manifestaciones atmosféricas”⁴. En una suerte de paralaje cielo-tierra, el globo terráqueo aparece a ojos de nuestro autor como un gran organismo vivo que en el desarrollo de sus funciones vitales acciona el curso de todo un plantel de acontecimientos meteorológicos, entre los que el ritmo de constante génesis y decadencia de las nubes ofrece al espectador la más clara manifestación de la ley que gobierna a todo ser vivo. No en balde, las anotaciones sobre el estado de las nubes que se recogen en esta obra no hacen mención a momentos aislados, sino que abarcan la evolución de toda una jornada; al tiempo que en los poemas se habla de ocultarse, explayarse, inclinarse, elevarse o fluir. El cambio es, por tanto, el elemento que ofrece la pauta de lectura de un mundo natural formado por la interrelación de las perpetuas metamorfosis de los distintos seres. En esta dirección apunta Isabel Hernández cuando asegura que, desde la perspectiva de Goethe:

“en la naturaleza las partes y el todo no se relacionan de manera estructural, sino siguiendo un paradigma morfológico que presupone una noción de forma como formación (*Bildung*) o transformación (*Verwandlung*), dos conceptos esenciales para la comprensión no solo de los estudios científicos de Goethe, sino también del conjunto de su obra literaria.”⁵

Para este *voyeur* de lo natural, los fenómenos se recrean en un juego morfológico que casi tiene algo de espiritual, en la medida en que invita a mirar más allá de las formas formativas, hacia el poder conformador de que éstas son manifestación. A fin de cuentas, hablamos de alguien que había cohonestado los títulos de panteísta y científico, y que no renunciaría a considerar el acceso a «lo verdadero, lo idéntico a los dioses», como el resultado (y la justificación) de un examen atento y minucioso de todas las caras de lo finito⁶. Luego el afán por comprender la médula de la meteorología se traba con el deseo de abordar lo incomprensible, en un proceso donde el propio sujeto de conocimiento es él mismo moldeado⁷. La idea de *Bildung*

5. *Ibíd.*, pág. 117. Aprovechamos para señalar que Goethe es ya un viejo conocido para esta ínclita traductora, a la que también debemos *Conversaciones de emigrados alemanes* (2006) o la reciente reedición de *Werther* (2011), ambas en la editorial Alba.

6. *Ibíd.*, pág. 63; «En tanto que poeta y artista, soy politeísta; en mis estudios de la naturaleza, soy panteísta, y ambas cosas de un modo muy concreto» (carta a Jacobi, 6 de enero de 1813); cfr. también J. W.

GOETHE, *Selected Verse*, D. LUKE (ed), Londres, Penguin, 1964, pág. 2804.

7. «Pasamos por el reino del saber, de la ciencia, sólo para volver mejor equipados a la vida.» señalaba Goethe a propósito de la revisión de algunas tesis de Alexander von Humboldt sobre la forma de las plantas, en *Notas para una fisionomía de las plantas*. Esta misma idea es señalada por Walter Benjamin en *Dos ensayos sobre Goethe*, Barcelona, Gedisa, 2000, pág. 156

como piedra angular de la comprensión goethiana de la naturaleza alcanza pues el sentido mismo del estudio del mundo físico, siempre desde el enfoque holístico al que nos venimos refiriendo. La formación es una experiencia íntegra e integral que moviliza, transformándolas, el conjunto de disposiciones del individuo ante aquello que lo rodea, reclamando por esto mismo la intervención de un amplio abanico de artes y saberes.

En resumidas cuentas, ante un Goethe desatendido cuando no simplemente denostado en calidad de dibujante y científico (pese a esfuerzos en sentido contrario como los de Ludwig Münz, en historia del arte, o Werner Heisenberg, en el ámbito de la física), *El juego de las nubes* nos invita a reconsiderar la cesión del germano a la cofradía de los genios que se habrían extralimitado en la práctica incidental y más bien torpe de ciertas disciplinas. Quien recorra las páginas de esta obra se encontrará, por el contrario, con un atento espectador de las peripecias de estratos, nimbos, cúmulos y cirros, capaz de compro-

meterse con esta contemplación en su representación plástica, amén de ajeno a la renuncia a conmover y ser conmovido por mor del rigor de la observación.

Nerea Miravet Salvador
Universitat de València